

Elogio de José Rallo

Conocí personalmente a José Rallo en 1973, a mi llegada a Madrid. Antes había oído hablar de él como un destacado psicoanalista y un decidido partidario de la integración de la actividad psiquiátrica en la práctica médica general. A lo largo de estos dieciocho años he tenido ocasión de darme cuenta de que, sin estar equivocado en mi inicial prejuicio, José Rallo era otras cosas además. Y quiero contárselas desde dos perspectivas que fácilmente se verán complementarias: el talante personal, la forma de ser del Profesor Rallo, y la actividad profesional y científica que mantiene. Y aunque a la postre talante (personal) y actitud (profesional) son, en Rallo, una misma cosa, no me resisto a la tentación de mirarlos, críticamente, por separado.

Los atenienses contemporáneos de Sócrates calificaban un cierto patrón de comportamiento socialmente útil con dos adjetivos elogiosos: *kalos* y *agazós*. *Kalos* viene a significar la conducta que despierta admiración por su perfección y valentía pero también por su armonía, expresión, en cierto modo, de una «belleza de la conducta». *Agazós* es una noción más utilitaria que hace referencia al hombre que nos gustaría tener a nuestro lado en los vericuetos de la existencia, el hombre que ennoblesce su causa y la de sus amigos, como dice Crombie. Es, en definitiva, el hombre *areté*, el hombre virtuoso. Estos dos adjetivos se unían para formar una palabra de síntesis: el *kaloskagazós*. Con este nombre podía denominarse al ateniense a quien se admira, cortés y perfecto en lo que hace, pero también útil para la comunidad y destinado a que le vaya bien en la vida.

Si dijese ahora que, a mí, Pepe Rallo me

parece un buen ejemplo de *kaloskagazós* contemporáneo estoy seguro de que el mismo interesado sonreiría y achacaría mi pretensión a un acalorado, y quizá ingenuo, exceso de afecto. Pues lo digo.

Y lo mantengo.

Pero si el talante personal de nuestro personaje queda, a mi modo de ver y para mí, esbozado, su actitud profesional es el reflejo exacto de este talante. Dos son las constantes que pueden rastrearse en dicha actitud. Primero la preocupación por la clínica, entendida siempre no sólo como la actividad que justifica la razón de ser de la Psiquiatría sino también como la fuente última del conocimiento psicopatológico. Segundo, la enseñanza, vivida día a día como transmisión cara a cara de conocimientos, de experiencias y también de fundamentos conceptuales. Merece la pena detenerse, si quiera sea brevemente, en cada uno de estos aspectos que definen la vida profesional que yo he conocido a Rallo.

El primero de ellos va más allá, aunque las incluye, de la dirección del Servicio de Psiquiatría de la Fundación Jiménez Díaz y de su trabajo como analista; y se expresa en la tenaz y mantenida lucha para integrar los aspectos psicológicos y psicopatológicos del enfermar en las pautas habituales de conducta profesional de los médicos «somatólogos» y en la también tenaz y persistente, defensa de la importancia de los trastornos psicósomáticos en la práctica psiquiátrica general. En los consejos del departamento universitario de la UAM se van a echar de menos las razonables y corteses, pero cerradas, defensas de Rallo acerca de la necesidad de incluir, sin recortes ni concesiones, la enseñanza de la patología psicósomática co-

mo una parte fundamental de los programas de Psiquiatría.

Y es que Rallo ha sido siempre un psiquiatra de hospital general, un psiquiatra que ha pensado que la salud mental es indisoluble de la salud sin apellidos y que la atención a la misma ha de hacerse en los lugares donde se atienden el resto de los problemas sanitarios. Por eso también atendió y participó activamente en el desarrollo del modelo comunitario: su integración en la Comisión para la Reforma Psiquiátrica es una de las muestras que se podrían dar de esta faceta, quizá poco conocida, de Rallo, pero yo no voy a entrar en ella.

Rallo también es un profesor universitario. Un profesor que ha servido a la Universidad sin servirse de ella. La ha servido como ha hecho tantas cosas, con discreción, con elegancia y con eficacia. La elegancia le ha sido muy necesaria para poder soportar algún que otro desapego de una institución que primero solicitó sus servicios, hizo buen (e intensivo) uso de ellos, se los pagó mal y se los agradeció peor. Aún recordamos en el Departamento los avatares de una llamada idoneización que, si bien acabó como debía, quizá podría haber ahorrado agravios y sinsabores.

Permitidme insistir en este punto: son muchas ya las generaciones de médicos que Rallo ha formado, en Psiquiatría, como alumnos de pregrado. Es esta una labor a la que fue llamado y respondió con entrega

y generosidad. No pretendía «hacer carrera», entre otras cosas porque ya la tenía hecha. Tampoco buscaba reconocimiento. Lo hizo porque le gustaba y porque sabía hacerlo bien. Y lo hizo desde esa orientación clínica que, repetidamente, hemos mencionado como una de sus características profesionales más definitorias, y también desde su formación y concepción dinámicas de la enfermedad mental, y así se convirtió, en estricta cronología, en uno de los primeros que pugnaron por introducir en la enseñanza de la Psiquiatría en las facultades de Medicina la orientación psicoanalítica. Sin radicalismos pero con rigor, sin exclusiones dogmáticas pero con la firmeza conceptual del que conoce el terreno y transita cómodo y seguro por él.

Quiero acabar con una referencia personal. En el departamento de la Autónoma he tenido la suerte de convivir con personas de orientaciones diversas (a veces antagónicas) en eso que se llama, con una simplificación aterradora, las «escuelas psiquiátricas». Y he tenido también el placer intelectual de ver cómo se podían discutir las cosas de forma racional, en un ambiente en el que el apasionamiento y la discrepancia no excluían el respeto personal e incluso el afecto. Esta experiencia, que para mí se aproxima al paradigma de la actividad universitaria, les aseguro que es impagable. Al profesor Rallo le debo una parte sustancial de ella.

* Enrique Baca. Jefe de Servicio de Psiquiatría del Hospital Puerta de Hierro. Director del Dpto. de Psiquiatría de la Universidad Autónoma de Madrid.

** Artículo leído en el «homenaje a J. Rallo», XI Jornadas Nacionales de la A.E.N., Ciudad Real, VI, 1992.